



CULTURA, POBREZA y COMPROMISO PERSONAL
Dr. ANTONIO PÉREZ ESCLARÍN
XIII CONGRESO LATINOAMERICANO DE A.S.I.A

CARACAS, VENEZUELA
9 AL 11 DE SEPTIEMBRE DE 2004

CULTURA, POBREZA Y COMPROMISO PERSONAL

Por: Antonio Pérez Esclarín

Centro de Formación P. Joaquín de Fe y Alegría

Quisiera iniciar mis reflexiones sobre Cultura, Pobreza y Compromiso Personal con un ferviente llamado a la esperanza y el coraje. Sobre todo en estos tiempos en que se están poniendo de moda el pesimismo y el desencanto, en que el egoísmo y el individualismo se consideran valores esenciales, y el pragmatismo más ramplón está acabando con los ideales y los sueños. Tiempos en que, cada vez más, se va imponiendo la ética del Todo Vale, del sálvese el que pueda, del lucro sin límites, de una educación despolitizada que se intenta reducir a puro entrenamiento en el uso de destrezas técnicas o de saberes científicos. Educar ya no es formar, sino entrenar o adiestrar.

El 10 de diciembre de 1948, cuando el mundo seguía estremecido ante el horror de los campos de exterminio nazi y de la barbarie de la Segunda Guerra Mundial que ocasionó unos 50 millones de muertos y dejó ciudades enteras convertidas en escombros, un centenar de países reunidos en París, firmaron la Declaración Universal de los Derechos Humanos: "Todos los seres humanos nacen libres y son iguales en dignidad y derechos". Hoy, después de más de 55 años de aquella firma solemne, el mundo sigue más desigual e injusto que nunca. El inmenso poder creador de los seres humanos no está al servicio de la vida. Por eso, a pesar de tanto desarrollo científico y tecnológico, la vida gime herida de muerte y el mundo resulta cada vez más inhumano.

Los resultados del Informe de Desarrollo Humano de 2003 son desoladores. Las cada vez más frecuentes reuniones, encuentros y foros mundiales que concluyen con fervientes llamados a combatir la pobreza y el hambre, parecen servir de bien poco. El increíble poderío del desarrollo tecno-científico no se traduce en mayor desarrollo humano. El mundo de comienzos de siglo XXI funciona para unos pocos y contra muchos. Las desigualdades se agigantan de un modo vertiginoso entre países y entre grupos dentro de cada país. América Latina tiene el poco honroso privilegio de ser el continente de mayor desigualdad. Coexisten por ello, lo postmoderno con lo premoderno y feudal, e incluso con formas de neoesclavitud como en las maquilas, las universidades de excelencia con el analfabetismo, el derroche con el hambre y la pobreza, las fortunas incontables con la miseria más atroz. Hoy se habla de infopobres e inforicos y la brecha digital, es decir, el tener o no acceso a las nuevas tecnologías, agudiza las diferencias. Vivimos en la misma ciudad, incluso en la misma cuadra, pero a siglos de distancia.

Mientras una vaca europea es subvencionada con tres dólares diarios, mil doscientos millones de personas en el mundo, deben vivir con menos de un dólar al día. El 20% de la población mundial acapara el 86% de todos los recursos de la tierra, lo que demuestra la imposibilidad de que toda la humanidad alcance los niveles de consumo de

la minoría privilegiada. Las matemáticas nos demuestran que, para poder alcanzar todos los habitantes del planeta el desarrollo de ese 20% de privilegiados, se necesitarían los recursos de más de cuatro planetas tierra. El que unos pocos puedan entregarse a un consumo desenfrenado, es a costa de las necesidades insatisfechas de las grandes mayorías. Si toda la humanidad tuviera acceso de repente a los niveles de consumo de los países del Norte, el mundo colapsaría.

Los 225 personajes más ricos en el mundo acumulan una riqueza equivalente a la que tienen 2.500 millones de habitantes más pobres, es decir, el 47% de la población total. Cuatro ciudadanos de los Estados Unidos -Bill Gates, Warren Buffet, Larry Ellison y Paul alien- poseen, juntos, una fortuna superior al Producto Interno Bruto de 42 naciones con una población de 600 millones de habitantes.

Cada día mueren de hambre más de treinta mil personas. El hambre y la miseria ocasionan cada año más muertes que todas las víctimas de la Segunda Guerra Mundial. Sin embargo, el mundo produce alimentos suficientes para satisfacer de sobra las necesidades alimenticias de todos, y sólo en Estados Unidos se realizan cada año más de cuatrocientas mil liposucciones para quitarse la gordura.

Millones de niños y de niñas (se calcula que, sólo en América Latina, más de 30 millones) viven en las calles, víctimas del abandono, el hambre y las guerras, presas fáciles de las mafias de la prostitución, la delincuencia, la esclavitud, la pornografía, el narcotráfico, la mendicidad, los traficantes de órganos, el sicariato, la guerrilla, los escuadrones de la muerte. El negocio de la explotación sexual de niñas y de niños crece de un modo incontrolable. Después del comercio de armas y de drogas, es la actividad más rentable del crimen organizado. El turismo sexual, la prostitución infantil y la pornografía, son las líneas principales de esa jugosa industria presente en todos los rincones del mundo. Según la Organización Mundial de Turismo, 140 millones de personas viajan cada año a los países pobres atraídos por paquetes turísticos eróticos. Se calcula que existen en internet unos cuatro mil portales de pornografía infantil y cada día se añaden unas cien nuevas páginas web.

Cada minuto se gasta más de un millón de dólares en armas, como ochocientos mil millones de dólares al año. La fabricación de armas es la industria más próspera, seguida por el narcotráfico, que mueve al año unos 500.000 millones de dólares. El precio de un tanque moderno equivale al presupuesto anual de la FAO (Organización de las Naciones Unidas para la agricultura y la alimentación). Las grandes potencias tienen almacenadas más de 60.000 bombas nucleares, que equivalen a cuatro toneladas de explosivos por cada habitante del planeta. Bastaría el precio de un avión B-2 para alimentar a los 13 millones de africanos y africanas que no tienen nada, absolutamente nada, que comer. Con tan sólo lo que se gasta en armas en diez días, se podría proteger a todos los niños y niñas del mundo. Con el 1% de la renta mundial, se podría erradicar la miseria en el mundo.

Necesitamos ponerle rostro y nombre a la pobreza

Estos datos, y otros muchos que podríamos proporcionar, expresan de un modo elocuente la deshumanización de nuestro mundo y, en consecuencia, la necesidad de cambiarlo. Posiblemente, de tanto escucharlos, ya no nos impresionan ni nos mueven a la indignación y a la acción comprometida. Los números ruedan fríos por nuestras cabezas pero sólo si tocan nuestro corazón lograrán conmovernos, indignarnos y comprometernos. De ahí la necesidad de ponerle nombre y rostro a la pobreza. Cada una

de esas abultadísimas cifras, está formada por personas concretas, hermanos y hermanas nuestros, con un nombre y un derecho a ser y vivir dignamente, que sufren, sangran, gritan, lloran, mueren... Habría por ello que hablar de las dentelladas de ese hambre permanente y atroz que embrutece las mentes, carcome los cuerpos y siembra un frenesí de rabia en la vida, hasta que va languideciendo y la existencia es ya tan sólo un débil respirar al lado de la muerte. Del desespero de tantísimas madres que asisten impotentes, con el corazón nublado por una angustia infinita, a la lenta agonía de sus hijos que mueren en sus brazos por una de esas enfermedades de la miseria (diarreas, desnutrición, dengue, cólera, fiebre amarilla, paludismo...), tan fácilmente derrotables. De la angustia de millones de desempleados que, tras recorrer una y otra vez las calles y solicitar trabajo aquí y allá, regresan a sus casas hundidos en la desesperanza y necesitan emborracharse para sacudirse esa sensación de inutilidad e impotencia. Del llanto callado y el desprecio a sí mismas de tantas adolescentes y mujeres que se echan a la calle a vender su cuerpo a quien sea para llevar a la casa un pedazo de pan. De la humillación de los que hurgan en los pipotes de basura en busca de algún pedazo de comida. De la zozobra ante una amenaza de tormenta que puede arrancar de cuajo la vivienda miserable y perder en la quebrada los cuatro trastos miserables, atesorados con increíbles esfuerzos, única propiedad. De la vergüenza al tener que confesar que no se sabe leer ni escribir. Del dolor enroscado en el alma al no poder comprar las medicinas y calmar los sufrimientos de ese ser querido que se queja por horas y por días sobre ese catre maloliente. De la soledad de tantos niños y niñas de la calle que duermen sobre cartones y se drogan con pega para acallar los gritos de sus miedos y de su falta de amor.

Pobreza y cultura de la insensibilidad, la violencia, la mediocridad y el descompromiso

Si graves son los números y datos a los que nos acabamos de asomar, tal vez sea todavía más grave la creciente insensibilidad ante la pobreza. A la cruda y espantosa miseria de miles de millones de personas, habría que añadir la creciente miseria humana y espiritual de los satisfechos. Miles de millones se deshumanizan al tener que vivir y morir en condiciones inhumanas, otros se deshumanizan al volverse insensibles ante la miseria y el dolor de los demás. La pobreza y la miseria, la muerte por hambre, es un paisaje cotidiano al que nos estamos acostumbrando y ya no nos causa ni desconcierto ni indignación. Cada vez se liga menos la pobreza a algún tipo de injusticia y se considera únicamente responsabilidad de los pobres. Ellos son los únicos culpables de su pobreza. Si hay pobres es porque son flojos, vagos, irresponsables, ineficientes, sin capacidad para competir...En consecuencia, los pobres son percibidos cada vez más como enemigos y amenazas o, como ya denunciara su Santidad el Papa Juan Pablo II en su encíclica **Centessimus Annus**, "como un fardo o como molestos e inoportunos, ávidos de consumir lo que otros han producido". La cultura actual que a todo le pone precio, desprecia a los que no tienen. De ahí también que la delincuencia ya no es considerada como consecuencia de las políticas económicas y sociales, sino como causa del malestar social, con lo que se adelantan cada vez planes más costosos para reprimirla y acabar con ella (es decir, con los delincuentes), en vez de atacar las causas que la originan. Se gastan cada vez cifras más desorbitantes en policías y equipos, en cárceles, pero escasea el dinero para educación, deporte, creación de fuentes de trabajo, medios más eficaces para combatir la delincuencia. Que cada uno proteja lo mejor que pueda los bienes adquiridos con su talento y con su esfuerzo que están seriamente amenazados por la envidia de los miserables. De ahí la proliferación de armas, alcabalas, sistemas de seguridad cada vez más sofisticados y vigilantes privados en las

urbanizaciones exclusivas. Unos se encierran en cárceles doradas, mientras las cárceles inmundas se abarrotan cada vez de más y más pobres. "Armaos los unos a los otros", parece ser la consigna.. Se calcula que sólo en Estados Unidos hay 230 millones de armas de fuego en manos de los ciudadanos, y según datos del *Violence Policy Center*, las balas matan cada día por crimen, suicidio o accidente a 14 niños y adolescentes menores de 19 años.

Una cultura que valora sobre todo el tener y el aparentar, que repite machaconamente que vales lo que tienes, que todo, hasta lo más sagrado, lo convierte en mercancía; en el que la ética se está disipando y cada uno decide lo que es bueno y lo que es malo, lo que se puede hacer y lo que no se puede hacer; que exalta y mimica a los perros, gatos y las más insólitas mascotas, mientras desprecia e ignora al pobre, al que no tiene, engendra de un modo vertiginoso la violencia. Violencia del exhibicionismo de los que tienen, ostentan, derrochan y corrompen; violencia de los que buscan tener — para poder ser- a cualquier precio (asalto, robo, prostitución, corrupción, tráfico de drogas, de influencias, de órganos, de personas...); violencia de los aparatos represivos, que en vano intentarán poner orden y mantener la paz en un mundo estructuralmente desordenado e injusto. Violencia del terrorista, que ha sido educado para matar sin titubeo, para inmolarse matando a otros; violencia imperial de los ejércitos superpoderosos que invaden países sembrando destrucción y muerte para imponer su ley y su verdad; violencia atizada por dictadorzuelos y caudillos, que arrastran al matadero a miles de seres humanos bajo palabras grandes, infladas de un patriotismo hueco con las que tratan de arropar sus ambiciones; violencia del sicario que cobra por matar, del ladrón que mata para arrebatar, que considera que un par de zapatos vale más que una vida humana.

Violencia de la superexplotación en el trabajo que, ante su precariedad, está imponiendo nuevas formas de esclavitud que se creía totalmente superadas. Esclavitud que se ceba sobre todo en los más débiles: los niños y las mujeres. Maquilas de ropa, de plásticos, de químicos, de accesorios electrónicos, de alimentos, de implementos deportivos, de calzado, de juguetes, donde niños y mujeres trabajan hasta dieciocho horas por unos pocos centavos de dólar. El capital transnacional, sin Patria, sin Dios y sin corazón, busca las mejores condiciones para abaratar costos y maximizar las ganancias.

Violencia que no sólo se ceba contra las personas, sino que descarga toda su furia contra las culturas y contra la propia naturaleza. La cultura imperial asfixia las culturas locales. Hay poco espacio para la diversidad. La dictadura del pensamiento único y la colonización de las mentes se imponen con fuerza sobre pueblos y países. Nadie se duele por la desaparición de lenguas y culturas milenarias. Se calcula que en Asia hay unas dos mil lenguas, otras dos mil en África, mil trescientas en el Pacífico, y casi mil en América, pero de todas las lenguas del mundo, al parecer, la mitad habrá muerto antes de que pase una generación. Se imponen lenguas y se imponen culturas...La muerte de una lengua con sus destrezas y retóricas, con sus rezos, sus poemas y sus cantos, es tan grave como la muerte de una especie viviente. Y las especies vivientes mueren a un ritmo aterrador. Si se calcula que, entre 1500 y 1850, desapareció una especie viviente cada diez años, y entre 1850 y 1990 una especie por año, a partir de 1990 empezó a desaparecer una especie por día. Aire, mares y ríos están heridos de muerte. La tierra languidece y se rebela ante tanta violencia y tanto maltrato. El clima del mundo se altera cada vez más. Hoy, como todos los días del año,

desaparecerán 50 mil hectáreas de bosque húmedo. Cada hora es arrasada un área equivalente a unos 600 estados de fútbol.

La tierra se recalienta y se multiplican vorazmente los desiertos. El agua, recurso vital por excelencia, es cada vez más escasa y está más contaminada. El 60% de la población mundial carece ya de agua potable y las aguas contaminadas ocasionan cada año la muerte de 9 millones de personas. Para el año 2025, dos terceras partes de la humanidad no tendrán agua para beber, y se asegura que las guerras del futuro serán por la posesión del agua. El hombre ha olvidado que la naturaleza no le pertenece, sino que él pertenece a la naturaleza. Por primera vez en la historia, la destrucción del planeta es una posibilidad real.

Y ciertamente la amenaza no viene de ningún extraterrestre. ¿Entenderemos algún día que el ecocidio es una forma velada de suicidio?

Violencia como espectáculo a disfrutar en los medios de comunicación, en especial la televisión que comercializa las escenas violentas y nos hace admirar a los violentos que resuelven los problemas por la fuerza. Violencia en los telediarios y en las primeras y últimas planas de los periódicos. La violencia fascina y vende, por eso la vida normal o los sucesos positivos no son noticia. El espectáculo predomina sobre la noticia. Violencia en las películas, en los videojuegos, en los dibujos animados. Se calcula que un niño ve en un año unas 2.000 muertes violentas, mas numerosas agresiones y situaciones amenazadoras. A más horas de contemplación pasiva de la tele, más insensibilidad y agresividad de adulto.

La cultura de la insensibilidad y la violencia es también una cultura que promueve la mediocridad y el descompromiso como ideales de vida. Hoy hay demasiado miedo al futuro, miedo a asumir en serio la vocación de constructores de la historia, miedo a sumergirse en el cauce profundo de la vida. Por eso, nos perdemos en consuelos ilusorios, y hasta estamos empeñados en convertir la fe y la religión en algo liviano, sin prójimo ni compromiso. Confundimos la felicidad con pasarlo bien o ir de compras, el amor con el sexo irresponsable, la libertad con el capricho. Ya no nos atrevemos a plantearnos ni a plantear qué debemos hacer, sino qué nos apetece hacer. Vivimos en la "era del vacío" (Lipovetski), en "tiempos de inercia y de pasividad" (Castoriadis), donde la superficialidad se presenta como ideal de vida, y las grandes aspiraciones se reducen a ganar dinero y a salir en la televisión. Necesitamos llenarnos de cosas, imágenes y ruidos, y nos esforzamos por crecer hacia fuera para tapar nuestro enanismo espiritual y nuestra creciente soledad.

La actual sociedad está enferma de insensibilidad y aburrimiento, y en vez de enfrenar la raíz de la enfermedad, fomenta la adicción a las compras, al sexo sin compromiso, a la televisión, al alcohol, a las drogas, e idealiza al "hombre light", superficial y vano, narcisista, entregado al dinero, al poder, al gozo ilimitado. Todo invita al descompromiso y la mediocridad. Lo superficial se propone como lo valioso, el ideal de vida. Los efímeros héroes del deporte, la música, la moda, que los medios de comunicación crean y recrean permanentemente, son los modelos que hay que imitar y seguir. Se admira a las personas vacías, los "personajillos" de la farándula y las revistas del corazón, cuyas vidas privadas se arrojan como pasto a la morbosidad de las audiencias. La mayor parte de la gente se la pasa huyendo de sí mismos, del compromiso, de la vida. Nos estamos convirtiendo todos en verdaderos campeones de la

fuga. Empujados por los demás, empujando a otros, corremos y nos fatigamos sin saber a dónde vamos y sin tiempo ni valor para plantearnos esta pregunta tan fundamental.

POR UNA CULTURA DEL COMPROMISO Y LA SOLIDARIDAD

Sin embargo, si los seres humanos fuéramos capaces de ver los rostros de nuestros semejantes con ojos misericordiosos y recobráramos nuestra sensibilidad, la pobreza sería fácilmente derrotada. Así como un día fue derrotada la esclavitud, hoy puede ser derrotada la pobreza. Sólo hace falta voluntad y decisión, para que todos nos aboquemos a combatirla como la enfermedad más grave y vergonzosa de nuestro tiempo, enfermedad que va carcomiendo todo el cuerpo social. Esto va a suponer, por supuesto, unas políticas vigorosas en salud, educación, vivienda y trabajo, privilegiando sobre todo a los más pobres, no como meros beneficiarios, sino como sujetos de productividad y vida. Los programas para mitigar la pobreza deben ser un componente crucial de la reforma social y tienen que apuntar a elevar la productividad de los pobres, como el medio más idóneo para aumentar sus ingresos. Para ello, hay que empezar superando una serie de mitos bloqueadores, como el que en todas partes y siempre va a haber pobres, que la pobreza no es derrotable, que hemos llegado al fin de la historia, que vivimos en el mejor de los mundos posibles y no tiene sentido el intentar cambiarlo, que el problema de la pobreza es sólo un problema de los pobres o del Estado, que los pobres son flojos, vagos, e irresponsables, que hay que tener paciencia y esperar: basta con elevar la tasa de crecimiento económico, la abundancia se derramará y desaparecerá la pobreza.

La pobreza es derrotable pero, para acabar con ella, la humanidad requiere convertirse y entender que, además de ser un problema social y económico, es también un problema político que va a requerir de decisiones firmes, y un problema ético que implica volver los ojos a los demás y superar esa insensibilidad inhumana a la que no le importa el dolor ajeno, insensibilidad que puede llevarnos a todos al caos.

De ahí la necesidad de una genuina educación que se oriente a formar personas plenas, ciudadanos solidarios y cristianos comprometidos. Educación que enseñe a vivir, a convivir y a vivir para los demás, a dar la vida para que los demás la tengan.

La vida como don y como proyecto

La vida es el don más maravilloso, basamento de todos los demás, que nos fue dado graciosamente, como el más sublime de los regalos. Nadie de nosotros pudimos elegir nacer o no nacer, ni tuvimos la posibilidad de escoger nuestra forma física, nuestro tamaño, el color de nuestros ojos, la textura de nuestra piel, los grados de nuestra inteligencia. Tampoco pudimos seleccionar a nuestros padres, ni el país donde íbamos a nacer, ni el tiempo o el contexto histórico. Nacimos en una determinada matriz cultural, que marca lo que somos y hacemos, lo que pensamos y creemos. Somos hijos de una familia concreta y de un país que debemos conocer, respetar y querer. Somos únicos e irrepetibles y debemos asumir la vida en una actitud de asombro, agradecimiento y humildad. Humildad del mendigo que nada tiene, que no se siente superior a nadie, que es capaz de agradecer lo que se le da. ¿Cómo vamos a enorgullecemos de lo que no es nuestro, de lo que se nos ha dado? No es mérito alguno nuestro si somos inteligentes, fuertes, guapos, si nacimos en una familia acomodada que nos pudo brindar cariño, protección, buena educación. No somos superiores al que no ha recibido tanto como nosotros, ni ha tenido las mismas oportunidades. ¿Hemos pensado alguna vez qué sería de nosotros si hubiéramos nacido en un rancho

destartalado, de un padre borracho y de una madre que, para podernos alimentar, tuvo que saltar de cama en cama; o si hubiéramos nacido esclavos, sin futuro ni horizontes? Sin duda alguna, somos unos privilegiados a los que se nos ha dado mucho. En consecuencia, debemos mucho a los demás. Se nos ha dado mucho para que lo pongamos al servicio de los que no recibieron tanto como nosotros.

Nos dieron la vida, pero no nos la dieron hecha. Los seres humanos somos los únicos que podemos labrar nuestro futuro, que podemos inventarnos a nosotros mismos y podemos inventar el mundo. La educación tiene sentido porque los seres humanos somos proyectos y podemos tener proyectos para el mundo. El futuro no es sólo porvenir, es también por-hacer. Nuestra vocación es reinventar el mundo y no meramente reproducirlo. La abeja hace la colmena con la misma perfección de siempre. Su "ingenio" está en la especie, no en el individuo. Está determinada, no puede hacer las colmenas de otro modo, ni mejor, ni peor. Siempre perfectas, con una perfección monótona, sin responsabilidad, sin libertad, sin ética. Por eso, las abejas, como todos los animales, no son educables, sólo son adiestrables. No tienen historia, ni futuro. Pero los seres humanos somos siempre seres en proyecto, nos estamos haciendo e inventando permanentemente y así reinventamos el mundo y construimos el futuro, que no está predeterminado por nada ni por nadie, ni es meramente repetición del presente. Somos creadores de nosotros mismos. Todo ser humano está dotado de la capacidad de transformarse ulteriormente, de modificar su manera de pensar y de vivir. La vida es un viaje y cada uno puede decidir su destino. Podemos dirigir la vida hacia la cumbre o hacia el abismo, hacia la paz o el desespero, hacia la felicidad o el sufrimiento. La herencia o nacimiento biológico nos da el ser, pero no el modo de ser. Vivir es ponerse en camino para llegar a ser uno mismo, para que el ser humano florezca en plenitud.

Ahora bien, la plenitud humana sólo es posible en el encuentro. Uno se constituye en persona como ser de relaciones. Toda auténtica vida humana es vida con los otros, es convivencia. La persona humana es imposible e impensable sin el otro. Lo propio del ser humano, lo que nos define como personas es la capacidad de amar, es decir, de relacionarnos con otros buscando su bien, su felicidad. Lo que nos deshumaniza es vivir y morir sin amor. Detrás de cada tirano, cada asesino, cada malhechor, hay un déficit profundo de amor o una mala comprensión del amor.

Nuestra actual cultura que privilegia el tener sobre el ser y alimenta las ansias de posesión, nos está volviendo incapaces de amar. Confundimos el amor con su opuesto, el egoísmo, con la necesidad inmadura de seducir para comprobarnos que nos quieren. Amar a una persona es darse para que encuentre su libertad y su felicidad. Es ayudarle a alcanzar su plenitud. El amor supone donación, salida de sí, búsqueda del otro, entrega. El que vive encerrado en sí mismo, el que es incapaz de darse, de amar, nunca *alcanzará* su plenitud de persona. La búsqueda del otro, la realización en el amor, encuentra una de sus concreciones esenciales en la relación de pareja. El matrimonio es un caminar juntos, construir con el otro un proyecto en común. Es un juntarse para ser, haciendo que el otro sea.

Cuando uno se enamora, irrumpe otra vida en la vida de uno, otro corazón empieza a latir en el propio corazón. La persona entera busca la totalidad del otro, su alma, su corazón, su cuerpo. Por ello, el amor de pareja es un amor sexuado, que en el poema de los cuerpos enlazados celebra la ternura, la entrega, el éxtasis. La familia son también los hijos, don de Dios y fruto del amor erotizado compartido. Los padres somos los primeros y fundamentales educadores de nuestros hijos. De

hecho, por lo general, uno valora, acepta, rechaza lo que ha aprendido a valorar, aceptar y rechazar en la casa. Hoy, desgraciadamente, muchos padres han renunciado a su misión de primeros y fundamentales educadores y piensan que su papel llega hasta inscribir a sus hijos en un buen colegio. Pero hoy estamos comprendiendo con creciente claridad que es muy poco lo que pueden hacer los educadores y los colegios sobre todo en la formación de valores, si no trabajan junto con las familias.

De ahí la importancia de aprender a ser padres. No basta engendrar o parir para ser sin más padre o madre. Uno se hace padre o madre por las relaciones de amor que es capaz de anudar con sus hijos. Hay que emprender, con coraje y determinación, el lento proceso de llegar a ser padre o madre, esforzándose por vivir de tal modo que los hijos puedan asomarse en ellos a la bondad infinita de Dios como Padre-Madre.

Dijimos más arriba que toda auténtica vida humana es vida con los otros, es convivencia. Vivimos, en embargo, tiempos muy violentos, de feroz individualismo y extrema competitividad, donde se impone una especie de darwinismo social: sobreviven sólo los más fuertes, los que logran adaptarse a los cambios continuos. Los débiles, los menos dotados, no tienen cabida en este mundo o deben conformarse con llevar una existencia miserable, al margen de la vida humana. De pobres o marginados pasaron a excluidos, a poblaciones sobrantes. No son, no cuentan, su delito es existir.

De ahí la necesidad de aprender a vivir con, es decir, aprender a convivir, y no a vivir contra. La genuina convivencia implica aprender a colaborar, es decir, a trabajar juntos, a decidir en grupo, a considerar los problemas como retos a resolver y no como excusas para culpar a otros. Aprender a esforzarse y a trabajar con responsabilidad y calidad, medio esencial para garantizar a todos unas condiciones de vida digna (vivienda, alimentación, educación, trabajo, recreación...), como exigencias esenciales para la convivencia pacífica. Si gran parte de la población no cuenta con condiciones adecuadas de vida y apenas sobrevive penosamente no será posible la convivencia. La paz verdadera se afina sobre las bases de la justicia, la inclusión y la equidad. Por ello, hay que combatir la hipocresía que proclama los derechos de todos, e impide su realización. La defensa de los derechos humanos esenciales se transforma en el deber de hacerlos posibles y reales para todos. Si queremos que los bienes alcancen a todos, debemos combatir la cultura del derroche y del consumismo y aprender a compartir, a vivir con austeridad, a producir con calidad, a impulsar un desarrollo humano integral y sustentable, que atienda las necesidades fundamentales de todos, más que los caprichos de las minorías. Lo que fue creado para todos, debe servir a la vida de todos. No podemos seguir identificando calidad de vida con cantidad de cosas, ni nivel de desarrollo con capacidad de consumo. Esto supone un profundo cambio cultural, la osadía y el empeño tenaz de trabajar sin descanso por globalizar la sobriedad y la solidaridad y establecer la civilización de la justicia y la fraternidad universal. Supone también impulsar unas políticas vigorosas que promuevan la productividad, la eficiencia, la calidad y combatan la mentalidad populista, limosnera, facilista y mesiánica.

Ser hombres y mujeres para los demás: La plenitud se encuentra en el servicio

La fe es para simplificar la vida. El evangelio es de una dulzura y sencillez increíbles. Jesús nos trae la Buena Noticia de un Dios Padre-Madre que nos ama entrañablemente y quiere que vivamos como hermanos. El Dios de Jesús es el Padre del hijo pródigo que celebra la vuelta al hogar con una gran fiesta. El hijo menor de la parábola pide su herencia y se aleja de la casa paterna en busca de su plenitud y

felicidad- Las busca donde todos dicen que se encuentra: en el dinero, en el placer, en el derroche... Cuando se queda solo y sin dinero, añora el hogar paterno y decide volver a solicitarle al Padre que lo acepte ya no como hijo, sino como peón. El hijo menor no conocía al Padre y por eso estaba convencido de que ya no lo aceptaría como hijo. Como tampoco lo conoce el hermano mayor que se niega a entrar en la fiesta, que no puede entender la bondad y ternura de ese padre que no sólo no castiga los desmanes del hijo que malgastó la fortuna, sino que celebra con alegría y un banquete el regreso y el perdón. Lo más duro de la fe es convertirse a la humildad de Dios, renunciar a las falsas imágenes que nos hemos hecho de El. El Dios de Jesús no es el Dios Todopoderoso, justiciero, milagrero, lejano, sino el Dios mínimo, cercano. Es un dios que se despoja de sus atributos para que el hombre sea, para que pueda entregarse por entero a la construcción de un mundo fraternal. La revelación es más bien develación: Dios se esconde en la fragilidad de un niño que tiembla de frío sobre un pesebre, en un pobre carpintero amigo de los pobres y los pecadores, en un crucificado que, en medio de terribles sufrimientos, grita su desamparo, y aun así es capaz de perdonar. "Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen". Jesús tiene enemigos pero no odia a sus enemigos, porque él no es enemigo de nadie. Ama a los que no le aman. Ni cuando le crucifican son sus enemigos: son ignorantes, si supieran lo que hacen, no lo harían. Se porta con todos como Hijo del Padre, no como los demás se portan con él.

La Buena Noticia que Jesús nos trajo aportaba una increíble novedad sobre el hombre. La plenitud humana no se encuentra en el poder, el dinero, el éxito, sino en el servicio y el amor. Nos toca a los hombres y mujeres construir la historia según el plan de Dios, no según el plan de los hombres. Seguir a Jesús es portarse con los demás como él se portó, portarse como hijo y proseguir su misión que nos convoca al encuentro y la fraternidad, a combatir todo lo que amenaza e impide la vida para que todos puedan alcanzar su plenitud. La fe es sobre todo cuestión de movimiento, de acción, de compromiso. Creer en Jesús es aceptarlo como modo de vida, como revelación de Dios. El evangelio no es lugar de especulación, es una tarea urgente que hay que llevar a cabo. El proyecto de Jesús sigue vivo y necesita de valientes que lo continúen. Exige una profunda conversión, cambiar el corazón, la mirada, aceptar ir por un camino distinto al que nos propone el mundo. Para seguir a Jesús hay que estar dispuesto a caminar hacia abajo, el encuentro del pobre, del desvalido, del marginado; combatir las estructuras de pecado que impiden que todos tengan vida, trabajar sin descanso para que *la* sociedad cambie de rumbo, se convierta.

La espiritualidad cristiana es, en definitiva, encontrar a Dios en el hermano, sobre todo el más pequeño y miserable. Se trata de hacer prójimo (próximo, acercarse) del desvalido, del desconocido, del golpeado, del débil, del enfermo, del que sentimos lejos. Ellos son los bienaventurados, los preferidos de un Dios Amor, que los prefiere no porque sean mejores o tengan más méritos, sino precisamente por su debilidad y su carencia.

Sólo es posible llegar a Dios mediante el servicio al hermano. Aunque, como lo expresa Mateo 25, lo hagamos ignorando o incluso rechazando al propio Dios. Los que son declarados "benditos" no lo son por haber hecho bien en su nombre, por motivos religiosos o de fe, sino simplemente por compasión con los que sufren; los "malditos" lo son a causa de su falta de corazón. La fe sin obras, sin caridad, no sirve de nada. Los pobres y desvalidos no son sólo los bienaventurados, sino los que nos salvan a los demás, los que nos hacen benditos en cuanto dediquemos la vida a su servicio. La experiencia religiosa sólo es verificable en sus frutos. Es un estilo de vida: vivir a lo

Jesús, es decir, vivir como lo quiere el Padre, vivir divinamente. Dios se hizo hombre para mostrarnos el camino de ser dioses. Humanizar es divinizar. Nos dio la vida para que nos atrevamos a darla. Vivir como un regalo permanente a los demás, vivir según el espíritu de Jesús como "hombres y mujeres para los demás", es el medio de alcanzar la plenitud.

Antonio Pérez Esclarín 10-09-2004.

Pregunta: ¿Qué podemos hacer para combatir la cultura de la insensibilidad ante la pobreza -y de los mitos que la sustentan- y fomentar la cultura del compromiso y la solidaridad?